



XXV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO*

“El que quiera ser el primero, que sea el último y el servidor de todos”

Luis Fernando Crespo

Traten de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Sabiduría 2,12.17-20; Santiago 3,16-4,3; Marcos 9,30-37

Según vamos avanzando en la lectura del evangelio de san Marcos, descubrimos a un Jesús que va tomando conciencia de la creciente incompreensión y rechazo de las autoridades religiosas judías a su persona y a su mensaje y, a la vez, de la lentitud de sus propios discípulos para asumir el carácter peculiar de su mesianismo. Como le dijo a Pedro, en la lectura del domingo anterior: “tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres” (8,33). En adelante, tendrá que insistir ante ellos –no una sino varias veces- en que su camino no estará marcado por el poder y el éxito, sin por la entrega y la fidelidad a la misión recibida del Padre. La glorificación– “a los tres días resucitará”- pertenecerá a otro orden, real pero trascendente. Igualmente les enseña que el camino de ellos mismos habrá de consistir no en privilegios de poder, sino en la primacía del servicio.

La primera lectura, tomada del libro de la Sabiduría, último escrito del Primer Testamento, reflexiona sobre las amenazas de los “impíos” (Sab, 1,16) “al justo, que nos fastidia y se opone a nuestras acciones”. Alardeando de su poder, se proponen: “le someteremos a humillaciones y torturas” para probar así “su entereza”, y reflexionan cínicamente: “pues si el justo es hijo de Dios, él lo rescatará y lo librá de su poder de sus adversarios”. El texto refleja bien, de manera premonitoria, lo que habría de pasar con Jesús y debió ayudar a los primeros cristianos a interpretar el sentido de su muerte como la muerte del “justo” (Lc. 23,47).

En la lectura del evangelio de hoy podemos distinguir dos partes: el anuncio de Jesús sobre su propio proceso y la amonestación que hace “en casa” a los discípulos reunidos, sobre lo que habían discutido entre ellos por el camino. No deja de llamar la atención que, según los evangelios sinópticos, Jesús tuviera que advertir por tres veces a los discípulos sobre lo que habría de sucederle: “porque iba enseñando a sus

* Ciclo A

discípulos”. Los sufrimientos, como la muerte y la resurrección formarían parte, según la comprensión que va asumiendo Jesús, de su misión salvadora vivida con fidelidad. Marcos subraya una vez más la dificultad de los discípulos para entender y aceptar el proceso interior del Maestro: “Pero ellos no entendían lo que les decía y temían preguntarle”. Su interpretación del mesianismo que querían para Jesús –“Tú eres el Cristo” (8,29)- y en el que se veían teniendo parte importante y privilegiada, no concordaba. Quizá por eso “temían preguntarle”. La continuación del diálogo “en casa”, lugar de mayor intimidad y confianza, lo refleja bien.

Es Jesús quien toma la iniciativa para romper la incomunicación con una pregunta: “¿De qué discutían por el camino?” Al parecer, no habría sido una mera conversación de amigos. En efecto, “habían discutido entre sí quién era el mayor”. Sorprendidos y avergonzados por la pregunta, “ellos callaban”. El contraste era fuerte: Mientras Jesús habla confidencialmente con ellos de su pasión y muerte, ellos están preocupados y discuten en torno a su honor y precedencia sobre los demás. El “carrerismo”, la aspiración a sobresalir en la importancia y en el poder, parece de vieja data y es un mal amenazante en la iglesia y en la sociedad. Jesús, siempre atento y comprensivo con la debilidad de los discípulos, se puso a enseñarles con su palabra y su gesto. “Les dijo: Si alguno quiere ser el primero, sea el último de todos y el servidor de todos”. La única primacía que Jesús valora y propone es la del servicio sin discriminaciones. La actitud sincera y practicada del servicio es la única que construye auténtica comunidad cristiana y sociedad humana fraterna. El sentirse o pretenderse más que los demás es la fuente de la prepotencia, del desprecio a los que se considera inferiores y de la discriminación. Lleva –lo experimentamos y sufrimos– a la intolerancia, al abuso y a la violencia.

Buen pedagogo y amigo de los gestos, que hablan mejor que las palabras, “tomando un niño, le puso en medio de ellos, le estrechó entre sus brazos”. Los niños, como las mujeres y los enfermos, formaban parte de los insignificantes en la sociedad judía. “Le puso en medio”, es decir en el centro, en el lugar relevante. Los discípulos no son el centro, lo es el niño, “la periferia es el centro”. El criterio para valorar prácticas y comportamientos ya no reside en el poder, sino en el servicio que se haga a los insignificantes de la sociedad, ellos son los realmente importantes. Y lo explicita con unas palabras esclarecedoras para aquellos discípulos, e inspiradoras para las personas cristianas de hoy: “el que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe; y el que me reciba a mí, no me recibe a mí sino a Aquel que me ha enviado”. Esta misteriosa acogida “en mi nombre” quedará ampliada en las palabras del “Juicio final”: el que acoge, da de comer, visita, cuida a quien está en necesidad... “a mí me lo hicieron” (Mt. 25,40). Es el gran criterio “teológico” y humano para valorar la grandeza de las personas en la Iglesia y en la sociedad. Lo que hacemos por los demás concentra y resume toda la enseñanza de Jesús.

La lectura de Santiago no hace sino aplicar la enseñanza de Jesús a situaciones y actitudes concretas. “Donde hay envidia y ambición, allí hay desconcierto y toda clase de maldad”. De allí proceden guerras y contiendas: “¿codician y no poseen? Matan. ¿Envidian y no pueden conseguir? Combaten y hacen la guerra”. Más claro y actual

imposible. Por supuesto que el análisis político y social es absolutamente necesario para comprender y encauzar las situaciones desafiantes de la sociedad. Pero es claro también que la consideración ética –y, para los creyentes, la teológica- ofrecen un nivel de interpretación tanto o más necesario para entender y avanzar en soluciones y orientaciones hacia una humanidad nueva, justa y fraterna. Para vivir en justicia y en paz se requiere una “sabiduría” -un saber hacer y vivir en sociedad- distinta. Es la “sabiduría que viene de lo alto... pacífica... llena de misericordia y buenos frutos... sin hipocresía. Fruto de justicia siembran en paz los que procuran la paz”. ¡Cómo necesitamos hoy esta sabiduría para transformar el Perú y la humanidad en una sociedad fraterna y justa! Definitivamente no es la guerra, y menos la actual, que se lleva cabo con armas tan destructivas y costosas, la que puede construir la paz. Releer hoy en su literalidad las palabras de Santiago como interpretación auténtica de las de Jesús, ayudaría a desenmascarar y destruir las “razones de guerra” que son utilizadas por los poderosos.

La justicia y la paz, y la mansedumbre quedaron definitivamente ligadas en las Bienaventuranzas: “Felices los mansos (los no violentos), ... los que tienen hambre y sed de justicia, ... los que construyen la paz”. Felices ellos y ellas porque propician la felicidad que el “Dios de la paz” quiere para todos los seres humanos, sus hijos.